

Presentación:

“Experienciando cuerpos: opciones, dolores y disfrutes”

Por Victoria D'hers

Quizás algunas de las preguntas más complejas que surgen en la indagación de fenómenos cuyo eje es la corporalidad/subjetividad sean: ¿Cómo trabajar en los límites cada conciencia subjetiva y su vivencia corporal? ¿Cómo desandar la mirada que clasifica absorbiendo lo “otro” en totalidades cerradas? ¿Es posible co-construir un espacio/tiempo que respete “responsablemente” las experiencias y vivencias –con sus formas particulares de expresión– de esos “otros” pero “conmigo”? Y por último: ¿De qué manera es posible –si lo es– practicar el diálogo atendiendo a la violencia atada a toda interpretación para pensar una subjetividad, corporalidad, siempre en proceso de constitución? Para introducir el número de la Revista *Relaces* “Experienciando cuerpos: opciones, dolores y disfrutes”, elegimos destacar la importancia del hecho de que una Sociología de los cuerpos y las emociones siga abriendo el camino para hacer carne las problemáticas nodales que atraviesan a las ciencias sociales: el aspecto metodológico y el aspecto político de la investigación. A dos años del nacimiento de la revista, la lectura de los artículos que aquí presentamos nos devuelve a la certeza que dio origen a la creación de un espacio dedicado a trabajos centrados en las emociones y los cuerpos: la necesidad de regresar analítica y críticamente a un estudio situado de los modos de la construcción social de la sensibilidad. Esta vuelta es un aporte fundamental en tanto potencial acto de visibilización de los pliegues, regulaciones y formas de la dominación social.

Lo antedicho se basa en primer término en que abordar la problemática del cuerpo, las emociones y la subjetividad necesariamente remite a la noción de *experiencia*. Es decir, nos abre la posibilidad de profundizar en una multiplicidad de aristas que hacen de ella una práctica social y de este modo, un objeto de estudio. Desde cómo se transitan ciertas situaciones, de qué manera dicha “experiencia” a la vez construye *modos de experimentar* siendo que configura la sensibilidad para que ese episodio se constituya como tal, sin por eso cerrarla a esa

posibilidad única. Hecho que nos lleva hasta la pregunta siempre presente de qué opciones quedan abiertas para que esa práctica sea nueva cada vez; en definitiva, qué nivel de *opciones* realmente manejamos los sujetos si estamos siempre siendo parte de una producción social que es por definición, una re-producción.

Antes que agotar la discusión y reseñar las numerosas escuelas que trataron el tema, proponemos un retorno a lo que vuelve como espectro en el momento mismo de la investigación social. Más allá de la complejidad filosófica del concepto de experiencia y más próximos a una preocupación socio-antropológica, nos enfrentamos como dijéramos a dos tipos de dificultades. Por una parte, las cuestiones metodológicas implicadas en su análisis, siendo por definición inaprensible e inabarcable. Por otra parte, las dificultades políticas que se hacen cuerpo a la hora de abordar la acción como reproducción, constitutiva de los entramados que conforman el tejido social. Finalmente y en este sentido, dificultades de saber que interpretar y analizar la acción no debería significar minimizar sus consecuencias ni anestesiar sus contradicciones, sino más bien mostrar los límites que sostienen a toda sociedad en tanto colectivo. Y ver los modos como constantemente dichos límites funcionan como bordes difusos, son funcionales a su propia repetición, y a su vez son negociados en la forma al ritmo de su construcción social –sea como las fronteras del dolor o como los caminos del placer y el disfrute–.

Entonces, si la experiencia crea mundos en el mismo movimiento en que conforma la subjetividad que la encarna, esto remite inevitablemente al “soporte” que la hace posible y sus opciones; arrojándonos a la experiencia sensible, la construcción social del cuerpo y los modos de configuración de las sensibilidades sociales. Aquí se arriba a un nuevo relieve tan sinuoso como fructífero, donde la “condición humana” recobra en un solo movimiento tanto sus huellas como su potencia, más aún si se enmarcan en sus contextos y se revisan a la luz de las dinámicas propias de los mecanismos de sopor-

tabilidad social. Desde allí, una y otra vez esta vía de interpretación se muestra clave para descifrar los modos siempre renovados de la dominación.

Dicho esto y en línea con la primera dificultad a través de los artículos presentados en este número podemos dar cuenta de diversos ejemplos que muestran cómo abordajes metodológicos son aplicados para hacer ver algunas formas de la dominación en la definición de lo más íntimo que cada uno resguarda, sus formas de definir y vivir el placer y el dolor. Desde la realización de entrevistas y la aplicación de la etnografía, hasta el uso de la historia visual y documental, vemos análisis de los modos de “encarnación” con fuerte anclaje en el trabajo de campo que demuestran ser una manera eficaz de profundizar esta perspectiva.

En un recorrido breve, en el primer artículo Fabio Lopes Alves propone una etnografía como modo de reconstruir las formas en que los usos sociales son definidos por, y a la vez definen al cuerpo propio en el modo como el sexo es construido cotidianamente en el marco de un cabaret brasileño.

Santiago Morcillo plantea desde una aguda mirada el cruce necesario entre el sexo, el dinero y el trabajo en la esfera pública, donde descubre las tácticas (encarnadas) que tienen lugar para perturbar los márgenes, sin por ello perder de vista la centralidad de las determinaciones socioeconómicas que se articulan con dichas tácticas. Considerando que hablar de opciones se vincula con los modos como se definen las experiencias del placer, del dolor y del disfrute, esto implica especificar el modo cómo se disputan los límites, lo que una vez más comprueba que el cuerpo es un *territorio* de disputas y último lugar donde trazar la frontera del individuo, material y simbólicamente.

En “Selva, plumas y desconche...”, Santiago Joaquín Insausti se sumerge en la historia visual del Delta del Paraná, pero para analizarlo como espacio de producción de feminidad y masculinidad desde una mirada del género como *ejercicio*. En una visión de modernidad que se licua, Carlos Alberto Argarañaz destaca al cuerpo como su sustrato retomando la teoría Queer y los Estudios Poscoloniales para ver “pensamientos encarnados” como homofobia, lesbofobia y transfobia. De este modo, nos deja el camino abierto a la pregunta por si la encarnación realmente tiene diversas formas de operar en una y otra modernidad, planteando cómo se da la cosificación del sujeto en la construcción de “otros culturales” a la vez que da lugar a espacios de pensa-

miento que contrarrestarían esta visibilización que invisibiliza y anula a ese otro.

Retomando la segunda cuestión, en un planteo que se muestra necesario, Ana Leticia Fitte problematiza las formas en las que lo “femenino” es construido desde el saber biomédico, poniendo en cuestión algo tan naturalizado como el “ciclo de la vida”, dando lugar a una puesta entre paréntesis de ciertas normativas y prácticas que determinan en su naturalización, posibles “tipos de experiencias corporales y existenciales”. De este modo, se incorpora la variable biológica sin por eso plantear una interpretación biologicista. Tal vez sea una invitación hacia reafirmar que *el cuerpo importa* y no temer a un análisis de cómo es construido en su fisicalidad más concreta, desde la mirada y el decir médicos, que al día de hoy conservan la prerrogativa de cierta definición de los estados “críticos” de lo femenino como una forma más de control social y en última instancia, de definición de los límites del “dolor” en el marco de la medicalización ampliamente analizada desde las ciencias sociales, pero no así desde esta perspectiva particular.

En este mismo sentido va el trabajo de Diego Mattos Vazualdo, quien apela a la acción colectiva como escenario donde se da la irrupción del “cuerpo indígena”, vista como resistencia y manera “intensa” de *usar* el cuerpo, dejando traslucir el paradigma de “tener un cuerpo” antes que serlo, tal como sostienen los parámetros de nuestra sociedad capitalista. Desde un recorrido histórico por las marchas indígenas en Bolivia, el autor muestra cómo la subalternidad irrumpe nuevamente en su materialidad más extrema en el escenario neoliberal caracterizado por un neocolonialismo y silenciamiento.

A su vez, Jaime de la Calle Valverde propone una revisión teórica necesaria del tan utilizado concepto de “técnicas del cuerpo” de Marcel Mauss, siendo una vía de indagación sumamente fructífera en tanto refiere a gestos, posturas y movimientos desde un estudio etnográfico; esto es, mostrándose como un modo posible de descifrar aquellos formatos que hacen siempre, como dijéramos, de la producción inevitablemente una re-producción social.

Finalmente, las reseñas de libros que son análisis recientes en la temática y, como dato no menor editados en América Latina, dan cuenta de las preocupaciones prevalecientes en este sentido, y de su relevancia tanto epistemológica como política.

Como ya se dijo y en consonancia con los números anteriores, a pesar de estas dificultades metodológicas y políticas –o más bien, gracias a ellas– es que el análisis de/desde los cuerpos y las emociones nos convoca como una vía hacia la dilucidación de esas tramas de experiencia que hacen a la sociedad y que conforman en definitiva a ambos cara y contracara: las posibilidades de plantear cierto cambio social, y sus crudas limitaciones en tanto se demuestra la encarnación eficaz de los formatos y estigmatizaciones sociales. De este modo, todos los trabajos que aquí se presentan nos ponen frente a la pregunta por las posibilidades de ruptura y de elección de los actores sociales, quienes necesariamente re-producen la realidad social en sus relaciones día tras día, a la vez que a través de ellas, en sus actos más cotidianos y en las decisiones aparentemente más simples generan opciones y espacios siempre potencialmente disruptivos.

En última instancia, esos espacios obligan al cientista social a posicionarse en su análisis desde los niveles de estructuración social, sin perder de vista las elecciones y opciones implicadas en toda subjetividad. Como se evidencia tanto en los artículos como y sobretudo en los libros referidos, las temáticas se multiplican y complejizan, por lo que la perspectiva sigue mostrándose productiva.

Pero, ¿es que buscamos productividad? Antes bien, entiéndase productividad en el sentido no ya de generar respuestas finales (productividad propia de una ciencia adormecida, a veces onanista), sino de seguir siendo capaces de abrir preguntas que nos hagan revisar aquellas certezas que la ciencia tanto ansia encontrar, y de hecho requiera para su propia reproducción.

Por lo antedicho celebremos en este número, el séptimo de la revista que sostiene la continuidad de una apuesta teórico-metodológica y por sobretodo política de indagación e investigación centrada en la construcción social de las sensibilidades, donde en última instancia tanto la dominación como, y fundamentalmente, las opciones y prácticas intersticiales pueden tener lugar para su análisis. Y retomando a Gastón Bachelard (quien ya en 1934 titulaba su trabajo *El Nuevo Espíritu Científico*), podemos afirmarnos en el deseo de que nunca olvidemos el hecho de que *El científico empieza con un programa y concluye su día de trabajo con esta máxima de fe, repetida cada día: "Mañana sabré"*.